

—Mira, Nieves.... no te rias.... Es verdad, te juro que es verdad.... No lo digo en broma.

Y temblaba, presa de una agitación especial, pálido por la emoción.

—Yo te quiero Nieves, te quiero más que á mi vida.

Y luego, viendo en aquellos ojos azules humedecidos, en aquellas mejillas rojas, la contestación muda á su confesión, la cogió una mano y estrechandola vivamente, solo dijo:

—¡Gracias, gracias!

Se sintió más bueno.

.....
En toda su vida hablaron más de La-Hoya.

1885.



LA MOSCA DE ORO ⁽¹⁾

Había rodado en los boulevares, sobre el embaldosado parisien, y alta, bella, de carne soberbia como una planta que crece entre estiercol, ven-gaba á los indigentes y desvalidos de quienes era hija.

ZOLA. (*Nana*, CAP. VII)

I

No recuerdo exactamente si fué leyendo el folletín de *La Correspondencia* ó unos versos de Carulla; pero ello es que me dormí como diputado de amén en el Congreso.

Soñé muy variamente: aquellas diantre de

(1) Este artículo estaba destinado á formar parte de un libro titulado: *Mujeres de la novela contemporánea*, que por entonces proyectaba escribir el autor. Otros capítulos hay en *Mi primera campaña*.

lecturas habían destornillado mi cerebro que era un contento.

Yo acostumbro á soñar muchas cosas de novela; y aquella noche fui rodando—en gracia de lo trastornado,—de Goldsmith á D' Arlincourt, de Ayguals de Yzco á Sue y por fin de Alas á Zola. Ate V. esos saltos por el rabo!

De lo que hago memoria es de que leí en sueños, y muy de corrido, *La mosca sabia* de Clarin, y luego salté á *Nana* de Zola. Recorriendo las páginas de la novela (porque yo la leía, como ustedes ahora estos renglones) me fijé en aquel articulito que el periodista Faucherie publicó en las columnas del *Figaro* y que era una sabrosa diatriba, pero también una perfecta pintura, de la popular *Nana*.

Zola no copia el artículo, y es cosa que sienten en el alma.

Muchas veces he pensado cómo podría yo dar con el tal escritito de Faucherie, y solazarme con el satírico retrato de la rubia *Nana*, aquella historia desnuda de la *Mosca de oro*, ese insectillo de cuerpo brillante que lleva en Zoología el significativo nombre de *Musca vomitoria*.—Porque yo creo, como algunos críticos, que Zola es bastante épico en sus obras y *Nana* es quizá de las más épicas: con lo que la pintura aquella, para ser algo, ha-

bía de ser—aunque fuera de Faucherie y no de Zola,—un algo muy grande, muy alegórico y rebosando color y crudeza, como el original.

Pues soñando en estas cosas hete aquí que de pronto, sin más aviso del que pudiera dar un fiscal de imprenta á un periódico de oposición, hete aquí, digo, que desaparece el libro de Zola en que yo leía—leía así para adentro, con los ojos del alma—y en su vez se despliega á mi vista un número del *Figaro*; un número colosal, que se movía lentamente, desarrollándose hacia el techo, como si subiera al piso de encima, preludiando aquella *Gran Sábana* de que habla Souvestre.

Lo cierto é importante es que yo leí en el tal *Figaro* un artículo titulado *La Mosca de oro*, firmado por un tal Faucherie. Lo leí con tal afán, que lo conservo casi íntegro en la memoria y voy á copiarlo para ver si de ese modo consigo, con ayuda de vecinos, retratar á la rubia *Nana*.

Una advertencia: Yo no sé si este artículo que copio de aquel *Figaro* es el que dice Zola. En sueños así lo creí yo, y aun tengo mis sospechas de certidumbre; pero si no sale el retrato como debe ser, yo creo que la culpa no será de Faucherie; sino que cuando uno lee durmiendo—y más si antecedieron folletines y

versos como los de marras,—mal será que no se lea de través y con abundancia de errores. Por si acaso, he resuelto no prepararme en más de mi vida al sueño del modo que lo hice aquel día.

Y, dice el artículo.

II

»Nadie la esperaba aunque todos la temían.

»Surgió de pronto, mágicamente, en medio de los aplausos de un público frenético y del rabioso gruñir de mil concupiscencias. Aparecióse llena de luz vivísima, proyectada de antemano para hacer resaltar su carne lasciva y su mirar de fuego. Llegó desnuda, como llegara á la vida, y vida nueva era en verdad la que empezaba. Hubo un desbordamiento de pasiones, un crecimiento de deseos, un bullir violentísimo de la sangre que fustigaba con fuerza, alborotando el cuerpo todo.—Los pueblos tienen sangre como los individuos y padecen fiebre como ellos. La fiebre brotó aquella noche: todo se agitaba, todo se movía de un modo vertiginoso, inconcebible.

»La atmósfera de la pasión había subido, calentándose, hinchando el aire, haciendo estallar sus moléculas de repente; y se notaba

en aquellos rostros encarnados, congestivos, ávidos, estallando en deseos, sangrando ideas de placer brutal. Los niños sufrieron como una conmoción eléctrica, y de repente fueron prececes. Saludaron á la *Mosca de oro* con furor que se compadecía bien poco con sus rostros barbilampiños é inocentes. Como evocados por la fatalidad, allí se juntaron lo más bajo y lo más noble, lo más criminal y lo más exento de faltas. Los granujas de la calle llevaron allí su lodo de palabras y su veneno de saliva; para ellos fué una fiesta, como un recuerdo de fecha memorable. ¡Ah! ¡tropezar con lodo, un lodo tan sucio como ellos lo estaban, pero lodo bien hecho, de formas preciosas, de ademanes incitantes.... Sonrieron de alegría y escupieron una vez más su podredumbre, que subió á todas partes y lo llenó todo. La inocencia fué arrastrada, y olvidándose de lo que era, bebió del veneno y se encendió en apetitos.

«*La Mosca de oro* lo valía. Era bella, muy bella con esa perfección un poco grosera de la naturaleza exhuberante, pero ahita de vida. Deslumbraba su cuerpo, fulgurando matices de iris, reflejando la luz y lanzándola á todos lados. ¡Cómo brillaba! Ayer nadie la conocía. Todavía ayer andaba en los albañales, criándose, tomando gordura y colores, arrastrán-

dose sobre la inmundicia, revolcándose en ella, saturándose de todos los miasmas de muerte que ahora esparcirá en el aire. Allí, en la obscuridad, ha pulido sus alas, ha bruñido su cuerpo: y viene, con la sonrisa de la satisfacción, á subirse sobre toda esa multitud trenética que es ya su esclava. No desea la *Mosca de oro* gozar; gozó mucho en su vida de ayer y no busca nada más. Su intento es volver á todas las bajezas pasadas, es realizar el odio de lo pequeño á lo grande, para llevar á esos que admiran sus hélitros dorados al fondo de las degradaciones, al estercolero, á donde para todo lo que sobra, toda la carne podrida, podrida del vicio, gastada en la orgía de la miseria, de la injusticia y de la pasión.

»¡Ah público! Veo algo de providencia en la *Mosca de oro*. Ella te arrancará sangre, lágrimas, horrores, vilezas, oro y carcajadas, remordimientos y suicidios, y atraerá obscuridad, podedumbre, lepra social!... lo mismo que le has dado, lo mismo que ella tuvo en su cuna y te arroja en la cara. No te bautiza de virtud, porque no la ha conocido. Nació pobre, miserable, de una familia proletaria y viciosa, casi sin hogar, sin amigos; creció y la incitaron á la impudencia quienes habían de moverla á la honestidad. Y devuelve aquello. Dará la vida

que le han dado; no hay que quejarse mucho, pues. Mientras rodaba sobre las baldosas del boulevard huyendo de la miseria de su casa, respiró la atmósfera de vicio, de podedumbre, y oyó las voces roncadas, ansiosas, que espoleaban la pasión de todo ese hipócrita pueblo, comido por la lepra de lo grosero, de lo degradante, esclavo de la brutalidad de la carne, torturado por las ideas de refinamiento del placer.

»Si ahora escupe lo que la disteis á tragar, es porque se impone la lógica de los hechos. Creció entre el fango, desamparada, rodeada de miseria y de vicios. Los primeros ejemplos que vió, inficcionaron su sangre aun joven. La vida libre, desatendida, la promiscuidad ferez, todo lo malo de la población obrera, amontonada en los hoteles sucios y destartados; la vida de dolor y de privaciones que se quieren ahogar en excesos; la educación nula; el vuelo alto y sin recorte de las fuerzas naturales; el miedo á la miseria de la casa, donde esperan el hambre y los golpes brutos del padre que se emborracha; todo eso la lanzó á la calle, la calle parisién que atrae como un abismo y engulle todo lo que pasa. Arrastró sus chanclos rotos y sus redondeces de adolescente por el fango de las avenidas, aprendien-

do á odiar aquel lujo que parecía insultarla pasando á su lado indiferente á tanta miseria, salpicándola con la espuma de sus caballos.

»Pero lo deseó como medio de subir á los coches forrados en raso, y desde allí tratar mano á mano, de tú, como reina, á todos aquellos que no veían en ella más que á la hembra: un cuerpo rebosando vida que se enfebrecce de pasión y entra en la Bolsa de la carne.

»Al fin es hija tuya, público.... Uno de vosotros la echó al camino. Paciencia! Sabrá vengarse luego con toda la rabia de los deseos contenidos.

»Y los hijos que nazcan de ese incesto de vicios, continuarán la cadena del crimen; y por mucho agitarán en el aire sus hélitros magníficos las *Moscas de oro* de la sociedad, apoteosis de la infame figura épica, colosal, resumen de todo lo bajo y asqueroso, de la *bestia* de la carne que reina sobre todos en París.»

Faucherie.

1885.

DESPEDIDA

Los mecheros de gas, muy distanciados unos de otros, daban una luz insegura y triste al andén, y los escasos viajeros del tren de lujo se apresuraban á entrar en los wagones, huyendo de la humedad del ambiente y afanosos por ganar un buen sitio. Nada del bullicio, de las carreras y las voces que suelen preceder á la partida. Diríase que las gentes recataban el paso y economizaban las palabras; y para fundir aún más en un solo tono, oscuro y mate, los ruidos, la lluvia menuda é insistente golpeaba con rumor apagado los cristales del techo.

¡Extraña conformidad de las cosas y del espíritu! Gabriel no se daba cuenta de ella, pero sentía su influencia que le anublaba más y más el estado *gris* de su alma. De pie ante la portezuela del coche-berlina y al lado de la

mujer á quien adoraba, sentíase el joven íntimamente emocionado, con grave peso en el corazón y exaltado desvarío en la cabeza. Carácter melancólico y reconcentrado el suyo, retraído del mundo juntamente por naturaleza y por modestia de fortuna, todas sus energías vírgenes, todos sus sueños de muchacho, todo el lado afectivo de su espíritu se habían expresado de una vez al contraer la primera amistad femenina digna de despertar los anhelos y los amores de una juventud que aun tenía ideal y conservaba puro el sentimiento. Así, aquella mujer era para él, no sólo su amor, sino la vida entera, en lo más dorado, alegre y poético de su período de ilusiones.

Ante la gravedad del peligro—una separación larga quizá ¿quién sabe? eterna—él, tan respetuoso, tan comedido para su dulce amiga, se había decidido á hablar; y ahora, en el supremo y último instante, repetía toda su confesión atolondrado y balbuciente, en su inocencia real de las cosas de la vida que no había conseguido aprender—aunque él creyó por algún tiempo que sí—ni en las novelas psicológicas ni en los libros doctrinales más serios y profundos.

Después de haber puesto toda su elocuencia en la expresión del cariño que le embargaba

ahogándole casi la voz, quedó silencioso, con un vago miedo que se traslucía en los ojos estremecido de haber dicho cosas tan graves, y cuidadoso por el gesto sereno y triste con que habían sido escuchadas.

Suspiró la mujer levemente y levantó hasta él sus ojos azules, dulces é inquisitivos. Cubierta por el velo blanco que bajaba del sombrero de viaje, aquella cara de niña, donde los años no habían marcado sello alguno visible, parecía rodeada de un nimbo de luz tenue, al través del cual los labios, pequeños y finos, sólo formaban una línea roja y esfumada, sin contorno. Al cabo de larga pausa, murmuró Gabriel:

—Hable usted por Dios. Creo que de lo que hoy digamos depende toda nuestra vida futura, y usted es quien ha de fijar mi destino.

—¿Por qué?—dijo ella con suave acento.—No tengo yo derecho á fijar su vida de usted: es usted mismo quien ha de hacerlo.

—¡Yo, yo sólo!—exclamó Gabriel dolorosamente.—¿Acaso puedo estar ya sólo nunca?

—No digo eso. Todos vivimos en sociedad ideal con las personas á quienes nos une el afecto, y con el recuerdo y la influencia de ellas nos nutrimos y formamos; pero ligarnos á una que á la vez no pueda ligarse, es des-

varfo, y consentirlo, una mala acción.

—¿Aun amándose?

Vaciló la dama, y por un momento se colorearon sus mejillas; pero en seguida contestó, como quien sentencia:

—Aun amándose.

A su vez, quedó cortado el joven.

Inhábil en la lucha de discreción y disimulo que impone el trato con los hombres, no sabía más que decir sinceramente su pensamiento espontáneo, haciéndose traición á cada instante.

—Bien—dijo por fin.—No hablemos de atar vida á vida. No pretendo eso. Me resigno á que se vaya usted sin decidir sobre esa relación, la más esencial para mí... No la veré á usted más; no embarazaré su camino; no me obligaré á nada. Pero necesito saber una cosa que será como la promesa del ideal que llenará mi alma, aunque, como todos los ideales, no lo alcance jamás.

Volvió ella á mirarlo, gozándose en aquella adoración entusiasta del joven, en aquella súplica más ardiente que mil juramentos amorosos; é iba á contestar, cuando la detuvo el grito de los mozos de estación:

—¡Señores viajeros, al tren!

Y al propio tiempo, asomó por la ventanilla

del coche una cabecita rubia, de pelo ensortijado, que llamó con afán:

—¡Mamá, sube, sube!

Con un gesto indicó la dama al joven la dificultad que para la conversación representaba la presencia del niño; y como si se amparase de ella, escuchándose así para no contestar, alargó la mano pequeña y fina á Gabriel, y dijo con voz insegura:

—¡Adiós!

Quedóse el joven dolorosamente sorprendido por aquel brusco corte de la dulce intimidad á que creía haber llegado, y no supo insistir, sobrecogido también por cierto temor de aparecer á los ojos de la mujer amada ridículo ó impertinente. Retuvo un instante la mano enguantada, sin atreverse siquiera á estrechar el contacto; pero cuando notó un ligero movimiento que la dama hacía para desasirla, la llevó á los labios inclinándose, y besó en el puño, sobre la carne suave, en el espacio libre que el guante dejaba.

Luego la vió subir, desaparecer en el coche y volver á mostrarse en la ventanilla, al lado de la cabecita rubia cuyos cabellos acarició suavemente.

—¿Escribirá usted alguna vez?—preguntó ella mirándolo de una manera fija, como una

buena amiga que no quiere dejar atrás de sí disgustos ó tristezas.

—Escribiré—dijo él.

Y añadió en seguida:

—Mas ¿para que?

Sonrió la dama y se animaron sus ojos, reflejando algo más que la nota simpática de las amistades.

No contestó sin embargo á la reflexión de Gabriel; mas para éste, la mirada suplió al acento.

Otra vez sintió la ola de la esperanza invadiéndole el corazón, y aguardó impaciente á que se expresara toda la promesa. Comprendió por instinto que las palabras que iban á seguir serían declaración simbólica del pensamiento íntimo, y por lógica asociación de ideas recordó la frase en que Dumas advierte que sólo en las últimas líneas de las cartas que escriben dejan escapar las mujeres su verdadero estado de ánimo.

—¿Qué va usted á hacer esta primavera?—siguió preguntando la dama.—¿Va usted á su país?

—Sí—dijo él.—Pasaré con mi madre el día de su santo.

—¿Cuándo es?

—A la vez que el mío. Se llama Gabriela.

—¡Ah!—exclamó la dama.—¡Qué nombre tan hermoso! Verdaderamente es hermoso el nombre de usted.

Palpitó al joven el corazón fuertemente, y se atrevió á decir tan sólo:

—¿De veras?

—¡Oh, sí!—afirmó ella. Y poniéndose algo encendida, añadió bajando la voz:

—Crea usted que si mi Juanito tiene alguna vez un hermano.... se llamará Gabriel.

E inclinando la cabeza, besó los rizos suaves del niño, sin dejar de mirar al joven.

¿Qué oleada de luz invadió el anden é hizo brillar el espacio entero? ¿Qué horizontes rosados se pintaron en lontananza, como fondo de la vida futura? Nada podía concretar Gabriel; pero sí sabía la dicha inmensa que le embargaba agitándolo nerviosamente y borrando toda tristeza de aquella despedida. El tren pasó, acelerando la carrera de momento en momento y perdiéndose en la oscuridad de la noche. La trepidación tardó en apagarse; pero mucho después aún creía el joven que la iba á oír nuevamente, retrocediendo hacia la estación y trayéndole, plena y efectiva, la felicidad que tan dulcemente se había anunciado á su alma.

NOCHE DE BODAS

Cerrada la puerta de la alcoba, quedaron solos marido y mujer.

La luz era escasa y extraña, resultando de la lucha que en el gabinete vecino sostenían las bujías de la lámpara y los rayos de la luna, que los cristales del balcón dejaban pasar; pero los recién casados se veían bien, observándose mutuamente, espionando cada cual en el semblante del otro la expresión de los sentimientos que debían de agitarle. ¡Cosa rara! Ni la mujer ni el hombre parecían experimentar esa turbación particular de los enamorados cuando se encuentran solos por primera vez. En la frente de ella había algo de rubor; pero en sus ojos no brillaba más que una curiosidad mezclada de temor y tristeza. Sentada en la cama, con la espalda apoyada sobre almohadones y el busto vestido de una cham-

bra blanquísima, abotonada hasta la barba, no parecía la mujer una novia, sino una madre reciente, aun conmovida por los dolores con que le desgarró las entrañas el hijo adorado.

También el hombre parecía enfermo. Pálido é indeciso, queriendo sonreír pero sin llegar más que á la expresión de una dulce y compasiva ternura, tomó asiento al lado de la cama y cogió una de las manos de la joven.

—¡Gracias á Dios, Rosario de mi alma! dijo aparentando alegría. Ya nos han dejado, y podemos contemplar frente á frente la felicidad de nuestra vida, conseguida al fin. ¿No es verdad, Rosario?

Tras ligera pausa, contestó ella débilmente:

—¡Sí, Tomás!

—¿Estás cansada?... ¿Quieres que hablemos un poco?

—Sí, hablemos. Te iba yo á pedir que hablemos.

Se miraron con recelo, como queriendo adivinarse las ideas.

—Y ¿qué tienes tú que decirme? preguntó él al cabo, con voz suavemente burlona. De fijo es lo que yo también quiero decir.... Pues no te cedo la primacía; ó, mejor, vamos á decirlo á duo. Verás.

Se levantó afectando apresuramiento, y to-

mó entre las suyas las dos manos de la joven.

—Vamos, dí conmigo. Te quiero mucho, te adoro; he descado toda mi vida este momento, y soy tuya, tuya...

Como árbol que se troncha por súbita ráfaga de viento, cayó Rosario en brazos de su marido, ocultando la cara; pero no pudo reprimir los sollozos.

—¡Hija, vida mía! ¿Qué es eso? ¿Qué tienes? exclamó el apartándola para mirarla. ¿Ya vuelven los enternecimientos? ¡Ay con mi niña! ¡Cuán criatura eres! Anda, mirame.

La incorporó, sentándose á su lado, en el borde de la cama.

—¿Pero eso está bien? añadió ocultando su turbación. ¿Te parece galante recibir á un marido con lágrimas? ¿Tanto te pesa haberte casado?

Miróle ella como preguntándole si hablaba seriamente; y en sus ojos brilló tal chispa de pasión, que Tomás, cogiendo la cabecita querida, la besó en los labios.

—¡Ay, no, no!—gritó la joven.—En la boca no. No me beses la boca.—Y volvió la cara al otro lado.

Al pronto no supo él que decir, y concluyó balbuceando:

—¿Por qué?

Volvió ella á mirarlo y de repente se decidió á hablar.

—No, yo no puedo consentir que me beses. Loco, loco de mi alma, ¿no sabes mejor que yo que estoy enferma, que me muero muy de prisa y que mi mal se contagia fácilmente?... Nunca, ¡qué horror si te dejara herido como yo, irrevocablemente, sin esperanza!... No protestes. Lo sé todo: he seguido paso á paso tu pensamiento, conozco tu abnegación cariñosa y he consentido por darte gusto y.... porque te adoro, porque no quieroirme sin ser tu mujer. Pero la locura tiene sus límites, Tomás. Sabes que me muero: lo sabes, y no quieres que yo lo sospeche. Para ello te has casado y pretendes seguir al lado mío, sin pararte en la repugnancia que una pobre enferma produce, sacrificándolo todo, hasta tu vida, diciéndome palabras de amor cuando en el fondo las piensas de lástima, haciéndome creer que no tengo nada, que viviremos felices por años, por muchos años... Ya basta con lo hecho. Empieza mi deber. Te adoro con toda mi alma; te debo la felicidad de mis últimos instantes, pero no quiero llevarte conmigo. Sé mi enfermero, dime siempre que me quieres, que no olvidarás mi memoria; pero dejame que defendiendo tu vida, que te prive esta solidaridad

con mi muerte.... ¿Para qué, si ya sabes que no lo ignoro?

—¡Pero si eso es mentira, mentira!—gimió él desesperado, besándola en la frente. ¡Estás delirando! No tienes nada: te pondrás buena y yo no corro riesgo alguno. ¡Ay, no me engañes!—añadió buscando un modo de torcer las ideas.—Dices todo eso porque no me quieres, porque rechazas mis caricias. Acuérdate de lo que me has querido, de lo que te adoro. ¡Vaya unas ocurrencias! ¿Quién te puso en la imaginación el cuadro de esas abnegaciones mías? No hay abnegaciones, Rosario, hay amor; y no soy marido de una muerta, sino de una viva que tal vez se ha cansado de mí.

—¡Calla, calla!—murmuró ella en voz baja.
—Todo eso me produce un daño horrible. ¡Hubiera sido yo tan feliz como compañera tuya mucho, mucho tiempo!

Probó el de nuevo á convencerla. La estrechó amorosamente con un gesto arrogante que desafiaba el peligro, y volvió á besarla en la boca. Rosario no pudo resistir; pero siguió llorando y suplicando.

—¡No por Dios, Tomás mío! Nó; te matas, te matas por mí! Vas á sufrir horriblemente, como he sufrido yo. Déjame. Ya has hecho todo lo que podías; rodearme de cariño infi-

nito en los últimos momentos.... No los amargues dándome en ellos la zozobra de que he redas mi mal.

—¡Tu mal!—insistió él;—¡pero si no lo hay! ¿Crees infundirme miedo? Y su mirada expresó tal confianza, tal desprecio de la muerte, como si ésta fuera un sueño, que Rosario dudó un instante si aquella actitud y aquellas palabras eran muestras de noble heroísmo ó afirmación de una seguridad convencida y probada. Un relámpago de esperanza le brilló en los ojos, y entrevió el panorama brillante de un porvenir largo y tranquilo; y con esto solo le bastó para serenarse y considerar su desgracia con una dulce resignación, que le calmó la fiebre y le hizo gozar de lleno la situación del momento actual. Sin contestar nada, pero hablando interiormente consigo misma, con tal viveza que le parecía oír su voz resonando en el eco de la alcoba, siguió gran rato allí, con la cabeza apoyada sobre el hombro del joven, estremecida nerviosamente. De pronto se irguió, más serena, sonriendo casi.

—Tengo sueño—dijo—pero me fatigo acostada.... ¿No quieres ser mi marido? Pues vérás.... Estate aquí á mi lado; yo apoyaré la cabeza en tí y dormiré tranquila.... Dame la mano; no la sueltes. Así. ¿Quieres estar así?

¡Eh! Me parece que hago uso de mis derechos de esposa...

Tomás se acomodó, la sostuvo por el talle y permaneció silencioso. Una delicia inmensa le embargaba el pecho; y ante la alegría de hacer feliz á aquella pobre criatura que se moría, olvidó la amargura de la situación. Sentía la respiración fatigosa de la joven, el calor calenturiento de su cuerpo, y pareciale tener entre sus brazos á un hijo con quien no cabe el más leve impulso de voluptuosidad. Sólo un punto le entristecía. No había conseguido por entero su fin, que era ocultarle entre arrebatos de pasión á su adorada la terrible sentencia que en ella iba á cumplirse.

—¡No he sabido hacerlo!—se dijo.—Lo ha conocido.

Y experimentó ese desasosiego de las almas grandes cuando notan que se les ve la grandeza, y que se pretende herir su modestia pudorosa con la alabanza y el agradecimiento.

Unas tras otras pasaron las horas de la noche, y en ellas sufrió Tomás por toda la vida. Recordó punto por punto sus sueños de amante, los arrobamientos tan deseados, la espera impaciente del primer estrechamiento amoroso. Aquel cuerpo demacrado y enfebrecido que abrazaba, era el que había ansiado tener re-

bosando juventud y vibrando de felicidad y de pasión.

Mentalmente, se repetía una á una las caricias que mil veces había pensado, los acentos suaves, cariñosos y tiernos que preparara con el ansia de las evocaciones. Pero no era despecho irritado lo que sentía al ver toda la ilusión desvanecida y rota, todos los goces anticipados ahora imposibles y sin objeto; no le torturaban los sentidos con desazonada excitación. Los ardores de la juventud habían pasado: quedaba solo una amargura triste, pero serena y pura, por el bien perdido, y sobre todo por la desgracia inmensa que se avecinaba. No pensó en sí, en su cualidad de amante borrada para siempre, sino en ella, en la pobre mujer que se moría con la desesperación callada y honda del que deja sin cumplir sus más queridas ilusiones; y aquel poco de consuelo que él le procuraba, rodeándola de su cariño hasta el último instante, le producía suave contentamiento interior, bañándole el alma como un bálsamo que cerraba la herida y templaba los dolores.

Volvió enteramente á la pureza y elevación de sentimientos que le guiara en toda su farsa, no menos piadosa por haberle faltado el éxito; y viéndose más como hermano que como

marido de aquella mujer, renunció á seguir en su empeño, pues no podía engañarla, y se resignó á no pedir ni una caricia para no herir las repugnancias de la enferma ni levantar remordimientos que enturbiasen la mirada postrera de la agonía.

Al amanecer levantó Rosario la cabeza. No había dormido, pero una inmensa alegría iluminaba su rostro. Durante toda la noche el brazo de su marido, de su Tomás, le había rodeado la cintura apretándola contra él: y la cabeza de Rosario, reclinada sobre el pecho del joven, había sentido latir el corazón de Tomás, á ratos sereno y acompasado, á ratos inquieto y sin medida. La mujer había soñado mil ilusiones y todas le parecieron posibles y cercanas; pero ninguna, á pesar de todos los esfuerzos de la imaginación, superaba á la realidad de aquel abrazo estrecho, dulcísimo, que le recordaba los de su madre, y de aquella intimidad de los dos cuerpos en que le parecía á ella tener el suyo defendido y amurallado contra la muerte.

Apartándole el despeinado cabello, lo miró con avidez, con ternura llena de profundo agradecimiento, con más amor que jamás sintiera, pero con un amor que no era el que Rosario—en sus desvaríos de niña inocente que

se ve turbada por los presentimientos de la pasión—se había figurado que era *el amor de marido y mujer*. Sonrió con la boca, con los ojos; y como él hiciera un movimiento que Rosario interpretó mal.

—No, — dijo. — Tú no me besas.... pero yo sí.

Y aplicó la boca sobre la frente del joven, en un beso callado, intenso, interminable.

Aquel beso pagó á Tomás todas las voluptuosidades perdidas.

1893.

ARREPENTIMIENTO

—Pues no, no. Te aseguro que no se lo perdonaré nunca, nunca!

Fueron dichas con tal acento de ira estas palabras, que el hombre se estremeció, asombrado de aquel aspecto nuevo que le revelaba su amada.

—¡Cómo!—exclamó después de mirar fijamente el semblante descompuesto de la mujer, cuyos ojos tenían una luz siniestra.—¿Es posible que tú, tan buena, tan dulce, tan razonable siempre, cedas á un arrebató de pasión y hagas motivo de odio para con tu hermana una cosa baladí, sólo porque te parece agravio?

—No puedo, no puedo—gimió la bella; cada vez que lo recuerdo, me pasa algo candente por el corazón.

—Vamos—insistió él cogiéndole una mano

y acariciándola como la de un niño. Comprende que no está bien.... No tienes razón ninguna. Hay, á lo sumo, un error en lo que ha hecho tu hermana; pero la intención, ¿cómo puedes creer que fué de molestarte, de herirte? ¿Acaso una hermana que te quiere tanto, que te ha servido de madre, ha de desear que sufras? Si eso lo hubiera hecho tu madre, ¿no se lo perdonarías?

Callaba la joven, un poco avergonzada y apretando los labios, cual si quisiera sellar la boca.

—Advierte—siguió él—que no es cristiano lo que dices. ¿Dónde están tu religión, tus fervores, tus deseos de ser perfecta? No es así como se imita á Jesús. Hay que perdonarlo todo.... especialmente cuando la razón está de la otra parte. No es esa la nobleza moral á qué me tienes acostumbrado.

La voz del amante se había hecho severa, grave y triste á la vez. Calló un momento, y luego la dulcificó, atrayendo á la amada sobre su pecho.

—Vamos, haces que te sermonee, convirtiendo esta hora de amor en misión de Cuaresma.... ¿No es verdad que mi cielo, mi gitánita, perdonará y volverá á ser como antes con su hermana?

La gitanita movió la cabeza negando, y huyó del sofá á una butaca lejana.

—¡Ah!—exclamó él despechado. ¡No eres lo que yo creía! Vas á hacer que te quiera menos. Y quedó en su sitio, moviendo las piernas nerviosamente y mirando al techo.

Allá, al otro lado, en la butaca, suena un sollozo. Qué es? La amada llora, ocultando los ojos y las lágrimas con una mano.

—Hija, vida mía, monina. ¿Que te pasa?

El amante está á los pies de la niña, arrodillado, pugnando por descubrirle la cara. En vano pregunta. La gitanita no responde.

—Pero qué; ¿Crees que no voy á quererte? Boba, tonta. ¿Es que puedo yo dejar de adorarte con toda mi alma? Aunque fueses perversa, iracunda, mala como la más mala de las mujeres.... Pero nada de eso hay. Tú eres buena en el fondo. Todo pasará, verás, sin dejar huella alguna.

Brilla tal sinceridad y un cariño tan grande en los ojos del joven, que ella cesa de llorar y casi le sonríe. De repente, se torna triste y cegijunta.

—¡Ay no, no!—dice arrojándose á su cuello.—Tú me quieres, quiero creer que me quieres; pero no me estimas como antes. Soy mala, y tú sólo puedes estimar lo bueno.

Y torna á llorar silenciosa, amargamente.

El joven la estrecha, la cubre de besos, le canta el himno del amor, queriendo aprovechar aquella crisis para la total victoria.

—Si no hay nada de eso, alma mía—repite.

—Si te estimo como siempre! ¿Cómo no? Pues esas mismas lágrimas, ¿no son muestra de que reconoces tu yerro y de que comienza el perdón? La primer agua que lava el pecado es la del arrepentimiento; y ya ves, ya ves.... ¡Ea, se acabó todo! Ven, siéntate aquí, sobre mis rodillas.

Mírale la amada, aun temerosa.

—¿De veras, me estimas.... como antes, absolutamente como antes? ¡Ay, es que yo me moriría si no fuera así!

—Así es. Y tú, ¿perdonas?

Mírale de nuevo la joven, con aire dudoso.

—Si perdono, ¿me querrás y me estimarás como á nadie en la vida?

—Claro.

Vacila la amada; y luego, con un gesto malicioso, se inclina hacia el joven y dándole un beso, dice:

—Bien: pues dile á mi hermana que la perdono, que perdono la ofensa.... pero que no la olvidaré nunca.